

Velazquez de Leon entró en el aposanto de Naothael, y Litzajaya, mostrándole el lecho en donde yacia:

—Mírale,—dijo.

—¿Duerme?

—Si, duerme; pero no tengas cuidado. Aunque vá á ser testigo de nuestra conversacion, no oirá nada.

—¿Qué es esto?—preguntó Velazquez de Leon asombrado.

—Esto es que yo soy en Panuco quien resuelve todos los asuntos del Estado, y esto quiere decir que acepto desde luego tus condiciones, si tú aceptas las mías.

A pesar de su valor, no pudo menos de estremecerse el capitan de los españoles.

—¿Tienes miedo?—le preguntó Litzajaya, profundizando con su mirada el corazon de Velazquez.

—Miedo no,—dijo este.—Habla.

Y comenzó la escena que vamos á referir en capitulo aparte.

Capitulo XLII.

Donde se vé que Litzajaya, á pesar de ser salvaje, está á la altura de las mujeres más civilizadas.

—Tú has venido á Panuco,—exclamó Litzajaya,—con otra idea que la que me has confiado. Yo te conozco bien; he profundizado tu corazon, y he averiguado la verdad. Velazquez de Leon, tú has venido á apoderarte de Panuco.

—Te engañas, Litzajaya,—dijo el capitan de los españoles;—no es ese mi ánimo, y si lo hubiera sido no lo hubiera negado, porque los españoles no ocultan nunca sus designes, y mucho menos á sus enemigos.

—Lo sé; pero tambien sé que los primeros españoles que llegaron á estas regiones, que no conociais antes, entraron como amigos y no tardaron en tratarnos como señores. Yo era muy niña aún; pero no

he olvidado la triste situación de Guacanajari, no he olvidado las terribles persecuciones de que fué objeto el terrible Caonabo; no he olvidado que los indios que acogieron con entusiasmo á los extranjeros, que se sacrificaron por ellos, que les ofrecieron cuanto tenían, recibieron en pago de su generosidad el ominoso yugo de la esclavitud, el tributo más odioso. ¿Cómo quieres que dude de las intenciones que te han traído aquí?

Velazquez de Leon no sabia explicarse los motivos que obligaban á hablar de aquella manera á Litzajaya, y la dirigió una mirada escrutadora.

—Litzajaya,—dijo,—háblame con franqueza. Al traerme aquí, ¿me has tendido un lazo?

—¿Puedes creer semejante infamia en mí?

—No lo creo; pero las apariencias te condenan.

—¿Tienes miedo?

—¿Miedo yo? No; harta desgracia sería para Panuco si por acaso me hubieras tendido un lazo. Tú, que conoces á los españoles, sabes muy bien que no perdonan las ofensas que se les infieren.

Pero no hablemos de eso. Yo estoy tranquilo; tú eres la que no parece estarlo tanto. Por mi parte, declaro solemnemente que sólo he venido á devolver la paz, á obtener en pago vuestra amistad y vuestra alianza con los españoles, para daros también, como un premio á esta amistad, la libertad, la independencia de que careceis, para libraros de un tributo más ominoso que el que tú sospechas: el que pagais á Moctezuma.

No sorprendieron estas declaraciones á Litzajaya.

Harto habia comprendido que no era el ánimo de Velazquez de Leon imitar el ejemplo de Colon en Guanahani y en Santo Domingo. Pero convenia á su propósito mostrarse desconfiada al principio para que su confianza fuese más apreciable despues.

—Creo lo que me dices,—añadió,—y en prueba de ello, puedo asegurarte que el lazo que temes no ha de ser tan penoso para tí.

—Explicate.

—¿No ves á Naothael cómo asiste á nuestra conversación sin enterarse de ella?

Velazquez de Leon fijó sus ojos en el cacique.

—¿Duerme?—preguntó.

—Duerme, sí; pero no temas: no se despertará tan pronto.

—¿No es natural su sueño?

—Tú sabes que conozco la virtud de las yerbas, que te he librado de la muerte. Convenia á mi propósito que los servidores de mi esposo, al verte entrar, ignoraran que iba á hablar á solas contigo.

—¿Y has dado alguna bebida á Naothael?

—Le he hecho un bien,—dijo con cinismo Litzajaya.—Yo deseaba hablarte; voy á hacerte revelaciones que de seguro le mortificarían si las oyera.

¿No es mejor para él que no las oiga?

Litzajaya se presentaba á los ojos de Velazquez de Leon como una mujer de superior inteligencia.

Quando un hombre encuentra en su camino á una mujer en quien espera hallar la debilidad, y cuando

vé que esta debilidad no existe en ella y se halla reemplazada por una inteligencia superior, el hombre experimentaba un inmenso placer por verse subyugado, y la mujer adquiere á sus ojos un valor indescriptible.

Esto sucedió á Velazquez de Leon.

—Oyeme,—dijo la india.—Quizás te sorprenda la revelacion que voy á hacerte. Pero nosotras, las mujeres á quienes vosotros llamais salvajes, somos leales, decimos lo que siente nuestro corazon, y cuando la pasion nos domina no la ocultamos. Es entonces en nuestra alma el torrente que no halla valladar bastante á sujetarla; se desborda, y desvasta cuanto encuentra á su paso si no halla un dulce obstáculo, que allí contiene su fuerza, convierte su impetu torrencial en multitud de arroyos cristalinos, que bordando los prados, llevan aroma y colores á las flores que nacen en sus orillas. Velazquez de Leon, yo te amo.

Esta declaracion tan ruda, tan inesperada, tan enérgica, conmovió fuertemente al capitan.

—¿Me amas?

—Sí; te amo con esa fuerza, con esa locura, con ese frenesí del amor que encuentra imposibles que vencer. Yo no sé por qué la suerte me ha condenado á nacer en este suelo y á vivir entre estas gentes, en cuya compañía he vivido hasta ahora.

Hay algo en mí que me hace desear todo lo grande, todo lo difícil, todo lo insuperable, y como considero que tu amor se halla en ese caso, tu amor me

embelesa, tu amor me incita á arrostrar todo género de sacrificios. Ya has visto que he empezado á destruir los obstáculos que pudiesen oponerse al logro de mis ensueños.

Velazquez de Leon vaciló un instante.

Litzajaya tenia condiciones para fascinarle, y le fascinó en efecto.

Siempre ha de haber flaqueza en la humanidad, y cuando la mujer es fuerte el hombre es débil.

Pero aunque la pasion pudiera alucinarle un momento, la razon debia obtener el triunfo en seguida.

Desde luego comprendia que en aquellas circunstancias no podia despreciar á aquella mujer, que se convertiria en una hiena.

Pero sin despreciarla, halagando sus aspiraciones, podia muy bien ir más allá del objeto de su viaje, y ofrecer á Hernan Cortés, no la amistad de un pueblo, sino un pueblo conquistado por las armas españolas.

Todas estas ideas, sumiéndoles en una completa abstraccion, paralizaron su voz, y no contestó á las revelaciones de Litzajaya.

—¿No me respondes?—exclamó la india.—Has oido que te amo, ¿y no me has contestado que participas del amor que yo siento? ¿Y no has caido en mis brazos para jurarme en ellos eterna adoracion?

—Litzajaya,—dijo Velazquez de Leon,—hace poco me preguntastes si temia. Entonces no, ahora sí.

—¿Por qué?

—Porque ese amor que tú me has confesado late

en mi pecho desde el primer momento en que te vi, porque al oír tus revelaciones se aviva, y yo no sé si tendrá fuerza para contenerse.

—¿Qué puede atormentarte?

—Ese cuerpo inanimado, que es mudo testigo de esta escena. Méenos temblaría si estuviese despierto; si despues de oírme, enojado y furioso, esgrimiera sus armas contra mí; si en lucha sangrienta pudiera obtener legítimamente el triunfo de su amor.

—¡Ah! No me amas como yo á tí.

—¿Por qué dices eso?

—La pasión es ciega; yo nada veo. Si hubiera obstáculos que vencer, los destruiría.

—Pues bien; seré cobarde hasta ese punto, te amaré en silencio, engañaré á Naothael; pero cuando yo parta de aquí vendrás conmigo.

—No; tú no partirás,—dijo Litzajaya.

Pronunció estas palabras con un acento tal, que heló la sangre en las venas de Velazquez.

—Te ofrezco,—continuó la india,—realizar tus deseos si tú accedes á los míos. ¿Quieres la paz de Panuco, la amistad de Naothael, su alianza para secundar los planes de su jefe en Méjico? Todo cuanto desees lo obtendrás, y obtendrás más aún.

—Explicate.

—No hay en Panuco una sola persona que se atreva á oponerse á mi voluntad. Todos me consideran como su reina, como su dueña absoluta hasta de sus caprichos. Una palabra mía es una orden que todos cumplen, que todos se deleitan en cumplir.

—¿Y bien?

—El amor es infinito. Naothael caerá enfermo.

Poco á poco irá debilitándose su salud; sufrirá, y tras algunos días de dolencia vendrá la muerte.

Yo seré libre, seré aclamada reina.

¿Quién se opone á que elija un nuevo esposo?

Y en ese caso, ¿quién puede oponerse á que seas tú el elegido?

—¿Tendrás valor?...

—Para todo, Velazquez, para todo.

Entonces tu enviarás lejos de aquí á los soldados que te acompañan; tendrás bastantes para que te defiendan con los de Panuco, y aun haré más por tí: abrazaré tu religion, creeré en lo que tú creas, amaré lo que tú ames, y de este modo, al mismo tiempo que tu dicha podrás ofrecer á tu jefe la realizacion de sus sueños, que á mí no se me oculta.

El á venido á conquistar á Méjico, y lo conseguirá.

Nosotros le ayudaremos, y en premio de esta ayuda seremos libres, independientes y dichosos.

El amor ofrecía á Velazquez mucho más de lo que habia podido imaginar.

Las ideas de Litzajaya le asustaban.

Pero contaba con que el tiempo y los sucesos se opondría á su realizacion.

De todos modos, no podían dolerle prendas, y jurando de nuevo eterno amor á Litzajaya, selló sus palabras con un tierno y cariñoso ósculo.

De pronto la india se separó de Velazquez de Leon

—Ha llegado el momento en que vá á despertar Naothael; vé á la antecámara y espera á que te llame.

En efecto; poco despues se acercó Litzajaya al lecho de su esposor

Cogió de un búcaro unas flores, é hizo que aspirase su aroma.

Al poco tiempo se despertó Naothael.

—Velazquez de Leon espera tus órdenes para verte,—dijo Litzajaya á su esposo.

Este salió al encuentro del capitan.

Velazquez quedó muy satisfecho de las promesas que le hizo Naothael.

Al retirarse, le recordó Litzajaya con una mirada abrasadora el pacto que habian hecho.

Por la tarde se solemnizó con grandes fiestas el convenio amistoso que habian celebrado el cacique de Panuco y el capitan de los españoles.

Capitulo XLIII.

Una corte en pequeño.

Esmerábanse los habitantes de Panuco en hacer grato el tiempo que pasaban los españoles al lado suyo.

Velazquez, deseando cumplir la palabra que habia empeñado, envió emisarios á Nazatcotlan, suplicándole una entrevista para tratar con él de la paz.

La entrevista se celebró en una aldea inmediata á Panuco.

Nazatcotlan accedió á los deseos de Velazquez de Leon, porque habia oído hablar de los españoles, y hasta entonces no habia visto á ninguno.

La curiosidad principalmente le movió á acudir á la cita que le dió Velazquez de Leon.

En ella el capitan de los españoles le manifestó el

objeto que le habia llevado á Panuco, los vivos deseos que tenia de restablecer la paz, destruyendo la guerra civil que asolaba á una poblacion tan activa, tan industriosa, tan á propósito para ser feliz.

Nazatecotlan contestó que por su parte no habia tenido más objeto al rebelarse contra Naothael, que el de librar á su pueblo del yugo de los mejicanos.

—Pues bien,—contestó Velazquez de Leon;—ese es el objeto que nos ha obligado á venir á estas regiones.

En España ha sabido nuestro monarca, que es el más poderoso de la tierra, que muchos pueblos, que muchas tribus, sufrían un ominoso yugo: que un tirano, Motezuma, con la ley de la fuerza, habia convertido en esclavos á pueblos libres.

No podia consentir nuestro monarca semejante atentado, y hemos venido á devolver la libertad á los que gimen en la esclavitud; pero respetando al mismo tiempo su independencia.

Naothael ha aceptado gustoso mis proposiciones, imitando el ejemplo de los caciques de Zempoala, de Zocotlan, de Tabasco, de Cinthal y de otras muchas provincias, que á estas horas nos deben haber salido de la esclavitud.

Naothael os abrirá sus brazos, si deponiendo las armas, mostrais que no es una mezquina ambicion, que no es el deseo de arrebatarle el mando, el que os ha movido á encender la guerra.

Pensad en la alegría que dareis á los habitantes de Panuco, vuestros hermanos, reconciliándoles con

Naothael, y pensad la alegría que experimentarán todos con un desenlace tan feliz.

Las palabras de Velazquez de Leon influyeron en el ánimo de Nazatecotlan, y obedeciendo á un impulso de su corazon:

—Llevadme á Panuco,—le dijo;—yo mismo me entregaré á Naothael.

Anunció Velazquez de Leon aquella fausta nueva á su amigo, quien no tardó en defundirla por toda la ciudad, aprestándose todos á recibir con júbilo al que habia sido su enemigo, y al que habia logrado despertar de nuevo en su alma ideas de paz y de conciliacion.

Tres dias pasó Velazquez de Leon con algunos de sus soldados al lado de Nazatecotlan, quien le llevó á su campamento, presentándole á la admiracion de sus soldados.

Cuando uno y otro fueron á Panuco, y vieron á Naothael, no le reconocieron.

A aquella solemne entrevista asistió Litzajaya.

Velazquez de Leon buscó instintivamente la mirada de la india, para preguntarla qué significaba el estado en que se hallaba Naothael.

La mirada respondió.

Velazquez no pudo ménos de estremecerse.

Naothael manifestó que se hallaba muy mal, que experimentaba unos vivos dolores, que notaba que le faltaban las fuerzas por momentos, y añadió:

—Todo lo espero de mi buena Litzajaya. Ella me devolverá la vida.

—Si los dioses lo quieren,—respondió con fingida humildad la esposa adúltera.

Restablecida la paz, y contando Velalquez de Leon con la amistad de Naothael, creyó que debía alejarse de aquella ciudad antes de que tomaran mayor cuerpo los fatídicos planes de Litzajaya.

En una entrevista que pudo proporcionarse con ella á solas:

—Es imposible que continúe más tiempo aquí,—la dijo;—terminada mi mision, infundiria sospechas mi permanencia en esta ciudad. Voy á partir

—No, tú no te irás,—dijo Litzajaya.

—¿Y qué hacer?

—Aguardar breves dias; muy pocos han de ser.

—Piensa lo que haces.

—Cuando yo tomo una resolucion no vacilo, no retrocedo nunca.

Al dia siguiente de esta conversacion entre los dos amantes, la salud de Naothael llegó á inspirar sérios temores.

Todos pedian á Litzajaya que salvase al cacique.

—Hago cuanto puedo para salvarle de la muerte; pero veo que mi ciencia es inútil.

—Que acudan todos los que haya en la provincia que curen las enfermedades para examinar su mal, estudiarle y combatirle,—exclamó uno de los circunstantes.

—¿Puedes creer,—contestaba Litzajaya,—que hay a alguien en Panuco que conozca mejor que yo la virtud de las plantas medicinales.

Ante esta pregunta todos callaban.

Pero era tan extraño que un hombre jóven como Naothael, que siempre habia disfrutado de una buena salud, estuviese tan abatido, tan postrado, que no podian explicarse sus vasallos la causa de tan terrible enfermedad.

Como sucede siempre, cuando el monarca cayó en el lecho del dolor comenzaron á agitarse las ambiciones.

Nazatcotlan pensó en que él debía ser el heredero del poderío que con la muerte iba á abandonar para siempre Naothael.

Obedecido á este deseo ambicioso, comenzó á preparar los animos en favor suyo.

Litzajaya lo supo, y trabajó á su vez para desprestigiar á Nazatcotlan y para conseguir la realizacion de sus planes.

Durante la enfermedad de Naothael iba todos los dias Velazquez de Leon á su palacio, porque Litzajaya le habia pedido que fuese, asegurándole que los habitantes de Panuco considerarian su ausencia como un desaire, como una ofensa digna de castigo.

En uno de los momentos más criticos de la enfermedad de Naothael, dirigió Velazquez de Leon una suplicante mirada á Litzajaya.

Ella le contestó con otra, dándole á entender que pronto iban á terminar los obstáculos que se oponian á su dicha.

Nazatcotlan sorprendió estas miradas, y abando-

nando el palacio, corrió á buscar á sus amigos para participarles el descubrimiento que acababa de hacer.

—Litzajaya y el capitán de los extranjeros están de acuerdo,—les dijo;—no ignorais que la esposa de Naothael nos ha hablado muchas veces de los españoles, por haber vivido en una isla de las primeras que han conquistado.

¿Quién sabe si desde entonces se conocen?

¿Quién sabe si la enfermedad de Naothael es el efecto de una intriga tramada entre su esposa y Velazquez de Leon, para entregarle por este medio la provincia de Panuco?

Semejantes noticias alarmaron á los amigos y confidentes de Nazatcotlan.

—¿Y qué podemos hacer?—preguntó uno.

—¿Qué? Aguardar prevenidos los sucesos. Naothael bajará muy en breve á la tumba, y en el mismo momento en que sepamos su muerte, corremos á palacio, me proclamais á mí, y desbaratamos los planes de Litzajaya y de los extranjeros.

La desaparición de Nazatcotlan inspiró vivos temores á Litzajaya.

Apenas le vió partir, envió en su seguimiento á uno de sus criados, el más fiel, el que la servía para la realización de todos sus planes secretos.

Aizo, que así se llamaba, le anunció aquella misma noche los proyectos que había concebido Nazatcotlan.

Al día siguiente amaneció bastante mejorado Naothael.

La noticia se difundió por la ciudad, causando gran alegría.

—Antes de que los conjurados realicen sus proyectos,—se dijo Litzajaya,—caerán en mi poder. Yo les acecharé como acecha el jaguar su presa.

En efecto: desde aquel momento los espías sin descanso, aprovechando la primera ocasión oportuna para sorprenderlos y deshacerse de ellos.

Veamos lo que hizo.